

TRABAJO SOCIAL Y SOCIEDAD

•Clase magistral dictada en la inauguración del Año Académico 1992, en la Escuela de Trabajo Social de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en abril de 1992, analiza los desafíos de la profesión hoy en día.

Me siento honrada con la oportunidad que se me brinda de dirigirme a la Escuela en este momento, y quiero aprovecharla para reflexionar con ustedes sobre las grandes tareas que hoy demanda la sociedad al Trabajo

Social. Al hacerlo, deseo recoger y actualizar reflexiones compartidas al interior de nuestra Escuela, particularmente en la Comisión Currículum en la cual me corresponde participar.

Sabemos que toda profesión está al servicio de la sociedad, y que debe ir respondiendo a las demandas que ésta le plantea en los diversos momentos de su desarrollo.

En esta última etapa del siglo XX, las profesiones que se desempeñan en el ámbito de lo social se ven enfrentadas en el país a tres grandes desafíos, que están estrechamente interrelacionados. El primero, se relaciona con la consolidación de la democracia; el segundo, con la justicia social y el problema de la pobreza; y el tercer desafío se refiere a la integración de la cultura nacional. Yo tengo la convicción de que el futuro del Trabajo Social dependerá de la forma como dé respuesta, desde su especificidad, a estos desafíos.

El proceso de retorno a la democracia a que Chile está abocado requiere la colaboración de todos los actores sociales del país, cada uno desde su particular ámbito de acción. Esto implica cambiar profundamente formas de conducta y modalidades de

Nidia Aylwin de Barros

Docente de la Escuela de Trabajo Social de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

acción no democráticas, que se han desarrollado en la vida nacional, tanto a nivel individual como organizacional.

Porque más que sistema político, la democracia es para nosotros «una calidad de la vida social, que intenta dar

respuesta al complejo de necesidades inherentes a la condición humana»⁽¹⁾, utilizando medios que se basan en la libertad, la tolerancia de la diversidad, el respeto de los derechos humanos y la resolución consensual de los conflictos, y que se orienta a lograr igualdad de oportunidades para todos.

El Trabajo Social ha identificado que su respuesta específica a este primer desafío debe estar integrada principalmente a la tarea educativa y organizacional que realiza, particularmente, en el trabajo con grupos y comunidades. Esta tarea, que es democratizadora en su esencia, porque se orienta a promover y ampliar la participación social, puede ser reforzada con la inclusión explícita de contenidos de educación para la democracia.

Sin embargo, no siempre los profesionales tienen claridad sobre este papel que les corresponde, ni lo han asumido aún como una responsabilidad profesional. Por el contrario, se elude muchas veces este tema por considerar que, por su contenido político, no corresponde analizarlo. En el intento por delimitar su campo específico con una perspectiva muy

⁽¹⁾ Amat y León: «Necesidades Básicas y Calidad de Vida». Unicef, Lima.

reducida, el Trabajo Social puede así fácilmente encerrarse en un mundo estrecho, perdiendo la posibilidad de contribuir a los grandes procesos del cambio histórico.

UNA FRUSTRADA EXPERIENCIA HUMANA

Sin embargo, no habrá auténtica democracia, mientras subsistan las actuales diferencias en la distribución del ingreso, y mientras sigan existiendo millones de chilenos a quienes su situación de pobreza los excluye de los beneficios del desarrollo. Nos encontramos así con el segundo desafío que hoy se nos presenta. Más allá de los indicadores cuantitativos que la miden en términos de posesión o acceso a determinados objetos, la pobreza es una frustrada experiencia humana, una deteriorada calidad de vida, que es expresión de una injusticia social básica existente en la sociedad y que tiene un poder destructor de los grupos humanos y de la vida social. Es por eso que la lucha por erradicar la pobreza se constituye en la meta más importante para el desarrollo social del país en un gobierno democrático.

A diferencia de lo planteado anteriormente, la gran mayoría de los trabajadores sociales en Chile se ocupa de los problemas de la pobreza, y la reconocen como uno de sus campos específicos de intervención profesional. La tarea asistencial y educativa, que realizan en contacto directo con los grupos pobres en todas las regiones del país, es valiosa e indispensable. El desafío que frente a esta área específica se nos presenta, es cómo aportar en los niveles de planificación de las políticas para superar la pobreza, sin abandonar nuestra posición privilegiada en la atención directa de las personas y grupos humanos afectados por este problema.

Hoy se está procurando implementar en el país un modelo de desarrollo con equidad, y esa es la meta a la que se orientan las nuevas políticas sociales que se están desarrollando. Afortunadamente, numerosos trabajadores sociales están aportando a este proceso de planificación de políticas, pero esto solo no basta. Necesitamos establecer canales de comunicación

expeditos que permitan a los que se encuentran trabajando en contacto directo con la base social hacer llegar sus aportes y sugerencias, de modo que las políticas se enriquezcan con esta contribución, y que ellos se sientan participando en el proceso de planificación. Pero más que eso, necesitamos abrir canales de comunicación para una participación sustantiva de las personas afectadas por la pobreza, en la planificación e implementación de las políticas orientadas a combatirla. Ello supone, como dicen Amat y León, definir

a los pobres como sujetos asociados del proceso contra la pobreza y no sólo como receptores de las medidas que otros diseñan. El trabajador social puede estimular la organización de los grupos pobres, fomentar el desarrollo de modalidades asociativas y de iniciativas locales y colaborar, por otra parte, a la democratización de los gobiernos municipales y los servicios públicos.

En esta misma área, se nos presenta también el gran dilema profesional de combinar lo asistencial con lo

promocional. Tradicionalmente, se han enfatizado las diferencias entre estos dos enfoques del Trabajo Social. Después de un rechazo rotundo a lo asistencial, impulsado por el proceso de reconceptualización, el Trabajo Social ha revalorizado la importancia de esta función cuando se trabaja con la pobreza y en situaciones de emergencia. Hoy, es necesario buscar formas específicas para dar orientación promocional a la tarea asistencial. Se están realizando algunas experiencias en este sentido, las que deben ser compartidas y analizadas.

DEL DIAGNOSTICO A LA INTERVENCION

El tercer desafío planteado se relaciona con la integración cultural y en él quiero detenerme más. Como educador social, le compete al trabajador social actuar en el campo de la cultura y, para ello, debe tomar conciencia del proceso de cambio cultural que se está produciendo en la sociedad. Sumergidos en las tareas urgentes de la vida cotidiana, tenemos pocas oportunidades a veces de analizar la amplitud y profundidad de este cambio.

"No habrá auténtica democracia, mientras subsistan las actuales diferencias en la distribución del ingreso, y mientras sigan existiendo millones de chilenos a quienes su situación de pobreza los excluye de los beneficios del desarrollo".

Otras veces, nos centramos en sus efectos negativos en la vida de las personas y tendemos a recordar con nostalgia otros tiempos del pasado, en que los cambios que se producían en la cultura estaban más de acuerdo con nuestros valores profesionales.

Frente al consumismo desenfrenado de hoy, recordamos el perdido valor de la sobriedad que caracterizó en época no lejana a la sociedad chilena. Frente al avance del individualismo, quisiéramos rescatar la búsqueda de la solidaridad. El peligro que corremos, si nos mantenemos sólo en esta actitud, es permanecer vueltos al pasado, en una posición que nos hace pasivos frente a las posibilidades de influir en el futuro y que nos impide ver los nuevos valores que están naciendo en la cultura.

La función de crítica social es esencial al Trabajo Social y ella se ejerce en todas las sociedades y en todos los momentos históricos. Pero para que su ejercicio sea responsable, ella debe cumplir dos condiciones: primero, que se fundamente en un sólido conocimiento de aquello que es criticado y segundo, que vaya acompañada de proposiciones y de acciones concretas orientadas a cambiar la situación denunciada.

Porque a nuestra profesión no le corresponde quedarse sólo en la etapa del diagnóstico, sino que debe entrar resueltamente en la etapa de la intervención. El Trabajo Social se justifica porque hay algo que debe ser hecho -no meramente diagnosticado- y porque se tienen las competencias para hacerlo. La práctica social es nuestra área específica de acción y esta práctica social se ejerce en el ámbito de la cultura y requiere intervención en él.

El diagnóstico de una realidad social es para nosotros sólo un medio para fundamentar una intervención orientada a apoyar los esfuerzos de cambio que en esa realidad se generen. Los cambios que el trabajador social busca implementar son, fundamentalmente, pequeños cambios culturales que se manifiestan en diferentes conductas en las familias, los grupos y las comunidades.

De allí la importancia de una profunda comprensión del fenómeno cultural y la necesidad de basar

la acción profesional en un sólido conocimiento de la cultura nacional y, muy en particular, de la cultura popular en contacto con la cual se ejerce principalmente nuestra práctica.

En los fundamentos del Currículum de Licenciatura que nuestra Escuela ha empezado a implementar este año, se señala la complejidad de la tarea del Trabajo Social en la actualidad, por el conjunto de contradicciones que atraviesa la cultura. «Vivimos procesos acelerados de diferenciación al interior de la sociedad, dilemas entre progreso técnico y desarrollo humano, procesos simultáneos de integración internacional y de segmentación social. El sistema social y sus instituciones se distancian cada vez más de las personas y de su vida cotidiana. El ser humano se encuentra oculto detrás de sistemas de gobierno, estructuras institucionales y políticas de todo orden. Pese a los avances a nivel macroeconómico, la pobreza abarca a grandes grupos humanos y se hace más

compleja y multiproblemática, afectando no sólo a quienes la viven, sino a la sociedad entera».

Al no considerar los aspectos sociales y culturales, el proceso de desarrollo ha deteriorado dos importantes órdenes de relaciones que se observan en toda cultura: el de las relaciones sociales que mantienen entre sí los miembros de la comunidad, y el de las relaciones ecológicas que mantiene la sociedad con su medio ambiente. El primero se ha afectado por el aumento de

las desigualdades sociales y el debilitamiento de los lazos de solidaridad y reciprocidad. El segundo, por la contaminación creciente del medio ambiente, la destrucción irracional de los recursos naturales y el crecimiento explosivo de las grandes ciudades.⁽²⁾

HUMANIZAR LA SOCIEDAD

Toda esta realidad, que afecta profundamente nuestra práctica, puede ser considerada en tres formas básicas por el trabajador social.

Primero, puede aceptarla como algo dado, frente a

"Necesitamos abrir canales de comunicación para una participación sustantiva de las personas afectadas por la pobreza, en la planificación e implementación de las políticas orientadas a combatirla".

⁽²⁾ Cfr. Adolfo Colombres: «Manual del Promotor Cultural». Humanitas, Buenos Aires, 1990.

lo cual no tiene competencia y, por lo tanto, no le corresponde intervenir, sino sólo ayudar a la gente a enfrentar sus perniciosos efectos.

Segundo, puede asumir como un desafío el intervenir en esta realidad por medio de su práctica, actuando como un intérprete que apoya a los grupos y comunidades en el proceso de expresar sus propios valores culturales y de organizarse para obtener que ellos sean respetados en la sociedad.

Tercero, puede promover valores culturales más adecuados a una sociedad humanista, a través de su trabajo en las instituciones y de su acción en las organizaciones profesionales o en grupos políticos.

En la perspectiva de humanizar la sociedad, a la que debemos contribuir, son el segundo y tercer camino los que más pueden aportar. El Trabajo Social puede así contribuir a los objetivos de integración cultural, promoviendo instancias y abriendo espacios para la participación de la población a nivel poblacional y organizacional.

Sin embargo, no se trata de promover valores, sino de vivirlos. No son conceptos, sino vida; no discursos, sino testimonios lo que nuestra época necesita con urgencia. Las teorías y los conceptos tendrán siempre su lugar importante en el orden del conocimiento. En un ámbito académico como el de esta Escuela, la importancia de los conceptos y de las teorías siempre será destacada y debemos exigir rigor en su conocimiento y su utilización. Pero el solo conocimiento científico no le basta al trabajador social, como no le bastan los métodos ni las técnicas que en él se basan, si no se fundamentan en una antropología, en una visión del hombre con la cual su práctica sea coherente y que le aporte el horizonte indispensable para el enfrentamiento de los problemas de su práctica cotidiana.

En el pensamiento de Juan Pablo II, el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es el hecho primordial y fundamental de la cultura. «El hombre...es el único sujeto óntico de la cultura, es también su objeto y su término». Así, todos los que trabajamos en el terreno de la cultura, por este mismo hecho, nos encontramos en torno al hombre y, en un cierto sentido,

en él. El hombre, asumido siempre en su totalidad, es decir en el conjunto integral de su subjetividad espiritual y de su realidad material, es a la vez sujeto y artífice de la cultura.

El valor básico del respeto a la persona humana, que forma parte esencial de la base valórica del Trabajo Social, es coherente con el pensamiento anterior. Es por esto que el Trabajo Social se siente cercano a todos los humanismos y promueve en todas partes el respeto a los derechos humanos.

Fromm observa que los distintos grupos que en diversas partes del mundo están orientándose por los valores más profundos de la tradición humanista, actualizan estos valores guiándose por ciertos principios comunes.

Ante todo, se postula que el desarrollo del hombre exige que éste utilice su poder de trascender la prisión estrecha de su yo, superando su egoísmo y su soledad para estar abierto y relacionado con los otros hombres y con el mundo. Lo anterior es condición para que pueda gozar de todo lo vivo, al interesarse en el mundo que lo rodea. Una consecuencia de superar su avidez y egoísmo, será en el hombre el pre-

dominio de ser sobre el tener y el usar.

El segundo principio compartido por los humanistas es combatir todo tipo de idolatría o enajenación, que subordina el hombre a las cosas o instituciones que él mismo ha creado, llámense consumo, producción, Estado, ideología, etc.

Un tercer postulado se refiere a la convicción de que existe una jerarquía de valores, en la que los de orden inferior provienen del más elevado y que estos

valores son principios obligatorios en la vida individual y social.

Finalmente, se postula la solidaridad de todos los hombres y la lealtad a la vida y a la humanidad, que debe anteponerse siempre a la lealtad a cualquiera grupo particular.

Responder a los desafíos planteados siendo coherentes con estos valores es, sin duda, la principal tarea del Trabajo Social hoy en el país, tarea en la cual el trabajo multidisciplinario permitirá ampliar los espacios profesionales en un esfuerzo común por elevar

"Necesitamos desarrollar un tipo de docencia que fomente en los alumnos la búsqueda de caminos y soluciones innovativas, que les permitan enfrentar los nuevos y cada vez más complejos problemas de la práctica".

la calidad de vida y humanizar la vida social en el país.

LOS ENFASIS DE LA FORMACION

Estando en un ambiente académico, cabe finalmente preguntarse cómo podemos formarnos y formar a nuestros alumnos para cumplir responsablemente esta tarea. Esta es, en mi opinión, la pregunta que está a la base en los procesos de cambio curricular. Por lo menos, es la que guió los esfuerzos de nuestra Escuela en el estudio del nuevo currículum de Licenciatura.

Reconociendo la gran importancia de los diversos ramos del currículum de formación y de sus contenidos, no voy a referirme a ellos, sino a algunos énfasis que deben ser dados a la formación para que los futuros trabajadores sociales puedan desempeñarse con competencia frente a los desafíos señalados.

El primer énfasis es el de la excelencia académica. La tarea a asumir es excesivamente importante para el país, como para que nos conformemos con rendimientos mediocres. El ambiente intelectual de la Escuela debe ser tal, que promueva y exija el óptimo desempeño de todos los participantes en la tarea educativa. El debe facilitar el acceso al conocimiento, desarrollar la actitud reflexiva y crítica, estimular la originalidad del pensamiento y ampliar la visión de mundo de los estudiantes.

El segundo énfasis es el del desarrollo de potencialidades de los alumnos. Siendo la persona del trabajador social el principal instrumento con que él cuenta para su trabajo, convertir a un egresado de la enseñanza media en un profesional competente requiere apoyar el proceso de autoconocimiento y de desarrollo de sus potencialidades. Así, podrá tener la confianza en sí mismo, la inteligencia social y la fuerza y prudencia que son necesarias en la intervención profesional.

El tercer énfasis es el de la creatividad. Necesitamos desarrollar un tipo de docencia que fomente en los alumnos la búsqueda de caminos y soluciones innovativas, que les permitan enfrentar los nuevos y cada vez más complejos problemas de la práctica

con creciente eficacia. Una idea creativa siempre surge de visualizar y hacer nuevas conexiones entre eventos, cosas, personas o ideas. Para ello debemos estar abiertos a examinar nuevas formas de hacer las cosas y a conocer ideas y perspectivas que surgen fuera del ambiente profesional. De esta forma podremos ampliar y profundizar nuestra visión, condición esencial para el desarrollo del pensamiento creativo.

El último énfasis que quiero destacar es el de los valores. Frente a las tendencias deshumanizantes presentes en la sociedad, necesitamos formar profesionales con claras jerarquías de valores, que posean fortaleza moral y una profunda convicción de la dignidad de la persona humana, y que sean capaces de orientar por estos valores su intervención profesional.

Así formados, nuestros egresados podrán contribuir, formando equipo con otros profesionales, a las grandes tareas de consolidar la democracia, superar la pobreza e integrar la cultura nacional, aportando su capacidad específica de enfrentar problemas, de activar y crear redes sociales y de apoyar procesos promocionales en grupos y comunidades.

Y para ello, tendrán que basarse en su fe siempre renovada en la capacidad de cambio que existe en las personas y en los grupos, aún cuando estén muy afectados por la pobreza y los problemas sociales, para lo cual se necesita poner el acento en sus potencialidades más que en sus carencias. Es lo que se expresa tan acertadamente en las palabras de esa extraordinaria trabajadora social que fue Virginia Satir y con las cuales quiero terminar esta exposición:

«Si miro las raíces patológicas de una situación, me deprimó; si miro las raíces de la salud, me siento optimista. Trato de ayudar a la gente a crecer, a aumentar su autoestima...Soy jardinera de semillas, capaz de ayudar a ese ser hermoso que existe dentro de cada uno de nosotros a que empiece a crecer». En esta convicción y en esta actitud se funda la hermosa tarea educativa que le compete hoy y siempre al Trabajo Social.

"Necesitamos formar profesionales con claras jerarquías de valores, que posean fortaleza moral y una profunda convicción de la dignidad de la persona humana".

La forma de asumir esta realidad encuentra un importante soporte en el mayor grado de conciencia socio-económica que maneja al grupo (Bel, 1987).

El tratamiento social, que en la dinámica construcción común con el afectado parte desde la elaboración diagnóstica, comprende:

- a) Acciones de orientación, información y derivación o referencia.
- b) Acciones de apoyo material.
- c) Acogida y contención emocional, segurización.
- d) Acciones facilitadoras de la revinculación personal - familiar - social.
- e) Acciones facilitadoras de la reinserción laboral.

Sin embargo, la dinámica de la situación represiva plantea la necesidad permanente de una reevaluación diagnóstica del caso y el ajuste coherente de los apoyos y acciones planteadas en el tratamiento, en un proceso de retroalimentación sostenido.

«La situación represiva prolongada en el tiempo permite que, tanto el miembro directamente afectado, como su grupo familiar, encuentren una nueva situación de equilibrio: la «normalidad» se constituye por una nueva

rutina cotidiana y los nuevos roles y tareas asumidos, tales como el trabajo de la madre, la participación política del hijo (a) mayor, o su precoz inserción laboral, la dispersión de los menores entre los parientes, etc.

«La libertad del padre o la madre prisioneros enfrenta a la familia a una situación en que las exigencias de un nuevo equilibrio pasan por la revisión de los nuevos roles aprendidos y por la constatación, a veces dramática, de que ya nadie es la misma persona, y en que, incluso, a veces el reencuentro enfrenta a virtuales desconocidos» (Bel, 1987).

En resumen, podemos decir que el método de caso aparece, desde la experiencia en el trabajo de Derechos Humanos, traspasado por tres líneas principales de acción:

- Una acción asistencial, que revaloramos como ineludible en el proceso de ayuda a la recuperación de la autonomía.
- Una acción terapéutica, que descubrimos como inherente al desarrollo de un trabajo que tiene por eje

el vínculo creado entre el Asistente Social y el afectado.

- Una acción educativa, que destacamos como elemento esencial en el proceso de apoyo a la reinserción social.

UN NIVEL DE INTERVENCION DIFERENTE: LA FAMILIA

Nuestra experiencia en el Trabajo Social de Derechos Humanos muestra en forma reiterada que jamás la víctima de alguna forma de represión es uno y sólo individuo: sus efectos multiplicadores invaden a las personas más cercanas y a la familia de

modo dramático. Así pues, cuando en las estadísticas señalamos como afectados a 600 detenidos-desaparecidos, esa cifra debería multiplicarse por cuatro (el número promedio de miembros de la familia nuclear es de cuatro a cinco personas), y cuando informamos de 452 presos políticos, de miles de exiliados o ejecutados etc., deberíamos repetir esa operación multiplicadora. La familia es la unidad primaria que asegura la reproducción y la satisfacción de

las necesidades básicas de subsistencia y desarrollo del hombre, así como la encargada de satisfacer las necesidades afectivas de sus miembros.

El impacto del hecho represivo en la familia ha sido descrito y analizado en numerosos estudios realizados por los profesionales que trabajan en el área de los Derechos Humanos: «la detención de uno de sus padres transforma a los niños en observadores atónitos de la cotidianeidad hogareña y de la alteración emocional que sufre el otro. A este último, el arresto del cónyuge le provoca primero intensa angustia y lo fuerza a desplegar acciones que por lo general desconoce, como son los recursos legales y la averiguación del paradero del afectado. Sobre todo en los sectores populares, la detención del jefe de hogar se traduce en breve plazo en graves dificultades para la subsistencia, y obliga a la mujer a preocuparse no sólo de atender a los niños, sino de ingeniárselas para procurarles mantención, con el cambio de roles que ello involucra» (FASIC, 1987).

Es así como no podemos sino mirar a la familia como

"Jamás la víctima de alguna forma de represión es uno y sólo individuo: sus efectos multiplicadores invaden a las personas más cercanas y a la familia de modo dramático".